

PRESENTACIÓN

Presentation

Cada época tiene una forma de vivir su historia y una manera particular de transcribirla. Son modos estéticos y existenciales que se corresponden con distintas vivencias de la temporalidad, en las que confluyen viejos espacios de experiencia y nuevos horizontes de expectativas. Con la Modernidad, dicha confluencia se vuelve problemática, abierta a un permanente estado de incertidumbre y a una sensación generalizada de crisis. De ello dan fe las variadas expresiones de la escritura a lo largo y ancho del Siglo de las Luces. En el mundo hispánico, estas escrituras presentan además unas características especiales que cristalizan en diversos ámbitos de pensamiento y que se expanden en múltiples esferas de acción. La historiografía, la educación, la crítica periodística o la literatura de viajes ensayan posibles modelos de conocimiento en sintonía con las nuevas estructuras del tiempo histórico. Tales estructuras determinan una identidad nacional troquelada sobre una conciencia literaria de la comunidad.

Como muestra el artículo de José Luis Villacañas «Una idea de la historia en la conciencia nacional del siglo XVIII», la historiografía española dieciochista se debate entre la permanencia de antiguos esquemas barrocos y goticistas, asociados a la concepción católica del Imperio y a un imaginario jurídico medieval, y las propuestas humanistas y liberales que ejemplificarían autores como Mayans y Sempere Guarinos. En el fondo de esta disputa late el conflicto entre una imagen estática del pasado y una nueva filosofía de la historia que acabará imponiéndose en el siglo XIX europeo, pero que en España quedará oculta bajo la hegemonía de una historiografía de anticuario.

En su trabajo sobre «Saber es clásico y conocimientos útiles en el siglo XVIII. Pedagogía y enseñanza de lenguas extranjeras en España», Javier López Alós aborda el papel de la educación literaria en la formación intelectual, en un contexto de desplazamiento del sistema retórico. Los programas educativos que se desarrollan dentro de ese marco están subordinados a los intereses administrativos de un Estado que pretende fomentar el estudio de las lenguas hegemónicas en la cultura europea. En este sentido hay que entender el nuevo impulso otorgado a la lengua

francesa, en detrimento del latín. Sin embargo, esa enseñanza extranjera no llegará a provocar una internacionalización de la cultura más allá de las necesidades de la administración burocrática.

Distinto es lo que ocurre en el terreno latinoamericano, como puede apreciarse en la contribución de Francisco Ortega: «Sacrificar la reputación de literato al título de ciudadano: Buen gusto y cultura política neogranadina a finales del siglo XVIII». El autor se centra en dos conceptos que marcarán la vida cultural neogranadina, promovidos en este caso no a través de las estructuras del Estado, sino de las instituciones del público y de la crítica. Esos conceptos son los de *ciudadano* y *buen gusto*, ampliamente extendidos en Europa, y que desembarcan en el mundo novohispánico por medio de la prensa. En contraste con la figura tradicional del letrado o literato este nuevo ciudadano será esencialmente un sujeto político, ligado a su comunidad a través de la escritura.

Alberto Santamaría incide en la escisión de la identidad a través de la literatura de viajes, un género que permite un feraz contacto con el otro y con «lo otro». En su artículo «Una estética contra-sublime: la prosa como fractura de la identidad en los viajes de Leandro Fernández de Moratín», el autor revela que la mirada de Moratín va más allá de la de un curioso impertinente por Italia y el centro de Europa para erigirse en una lente estética con que reenfocar el desleído concepto de lo sublime. A las puertas del romanticismo, Moratín representa la idea de una Ilustración mágica que pudo ser y no fue. Finalmente, Nuria Soriano Muñoz en su artículo «Inventando el pasado, creando la nación: Bartolomé de las Casas según Ramón Diosdado Caballero», analiza la figura del jesuita mallorquín Ramón Diosdado Caballero en tanto que se convirtió en uno de los más apasionados defensores de España, de su pasado histórico.

Las páginas que siguen recogen, en fin, algunas modalidades discursivas que fueron cruciales para la formación del sujeto político y cultural del siglo XVIII. Ese mismo sujeto fue el que emprendió los procesos reformistas y liberales que terminaron por estrellarse con el tradicionalismo del siglo XIX.

Luis BAGUÉ QUÍLEZ y Antonio de MURCIA CONESA